

La poesía popular

VICTOR AGRAMUNT OLIVER

Madrid, 2015

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: M-17567-2015

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

LA POESÍA POPULAR

(RECITAL POÉTICO OFRECIDO POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD DE
MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL 9 DE ABRIL DE 2015)

Algunos tenemos el convencimiento de que, como poesía popular, también podrían ser consideradas las jarchas y los cantares de gesta, que nacen al tiempo que las lenguas romances y que el pueblo, en cuanto las oye, se identifica con ellos y los hace suyos. O, ya en el siglo XIX, los poemas del romanticismo, que rebasan su fin primero de embellecer y ennoblecer el idioma para calar profundamente en la sociedad. Hasta el punto de que el término “poético” se convierte en adjetivo para cualquier manifestación artística.

Sin embargo, pese a lo expuesto, a partir del siglo XX la única poesía que es considerada genuinamente popular es la que nace de la pluma de Duyos, Rafael de León o los hermanos Álvarez Quintero, entre otros. Y esto se debe, principalmente, a que muchos de sus versos, junto a otras letras escritas ex profeso, pasan a formar parte de la copla, género musical del pueblo llano.

Es a esta arraigada poesía popular a la que dedico el presente recital, y he creído conveniente, o al menos interesante, ofrecerles también al principio y al final del mismo algunos textos escritos por autores consagrados a través de la llamada “poesía culta”, y que podríamos considerar “antecedentes” o “fuente de inspiración” para los poetas populares.

Nadie más adecuado para encabezar esta pequeña muestra que Federico García Lorca y su romance “La casada infiel”.

*Y que yo me la llevé al río
creyendo que era mozueta,
pero tenía marido.*

*Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso.
Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.
En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.
El almidón de su enagua
me sonaba en el oído,
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos.
Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido,
y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.
Pasadas las zarzamoras,
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre el limo.
Yo me quité la corbata.
Ella se quitó el vestido.
Yo el cinturón con revólver.
Ella sus cuatro corpiños.
Ni nardos ni caracolas*

*tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo.
Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.
Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montado en potra de nácar
sin bridas y sin estribos.
No quiero decir, por hombre,
las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido.
Sucia de besos y arena
yo me la llevé del río.
Con el aire se batían
las espadas de los lirios.*

*Me porté como quien soy.
Como un gitano legítimo.
Le regalé un costurero
grande de raso pajizo,
y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozueta
cuando la llevaba al río.*

Antonio Machado, nuestro gran poeta lírico, muestra su aportación a la poesía popular al inicio de su obra con “Soledades”, y en su último libro *Nuevas canciones*.

Las letrillas, los refranes glosados, el sentir del pueblo, en suma, se manifiestan de un modo muy peculiar y emotivo a través de sus versos. Sirva de ejemplo “La saeta”.

¿Quién me presta una escalera
para subir al madero,
para quitarle los clavos
a Jesús el Nazareno?
Saeta popular

*¡Oh, la saeta, el cantar
al Cristo de los gitanos,
siempre con sangre en las manos,
siempre por desenclavar!
¡Cantar del pueblo andaluz,
que todas las primaveras*

*anda pidiendo escaleras
para subir a la cruz!
¡Cantar de la tierra mía,
que echa flores
al Jesús de la agonía,
y es la fe de mis mayores!*

*¡Oh, no eres tú mi cantar!
¡No puedo cantar, ni quiero,
a ese Jesús del madero,
sino al que anduvo en el mar!*

Antes de entrar de lleno en la poesía popular, me van a permitir que les lea unos versos que Manuel Machado dedica a la copla. Ya queda dicho que muchos versos de los autores populares se convirtieron en letras de coplas famosísimas. Pues bien, el hermano mayor de los Machado define poéticamente cómo se adueña la copla del sentir popular.

*Hasta que el pueblo las canta,
las coplas, coplas no son,
y cuando las canta el pueblo,
ya nadie sabe el autor.
Tal es la gloria, Guillén,
de los que escriben cantares:
oír decir a la gente
que no los ha escrito nadie.*

*Procura tú que tus coplas
vayan al pueblo a parar,
aunque dejen de ser tuyas
para ser de los demás.
Que, al fundir el corazón
en el alma popular,
lo que se pierde de nombre
se gana de eternidad*

Y después de esta breve y castiza definición de la copla, demos paso a una figura señera de la poesía popular. Noble, no sólo por su condición de Marqués del Valle de la Reina y Conde de Gomara, sino también por su nobleza de estilo, armonioso y bello en cada uno de sus versos. Les estoy hablando, naturalmente, de Rafael de León, del que, con todo merecimiento, he incluido varios poemas en este recital.

Oigamos ahora su “Romance del hombre maduro”.

*Yo me acerqué hasta tu vera
con miedo, ¿por qué negarlo?*

*En las sienes me latían
cincuenta y dos desengaños;
gris de paisaje en los ojos,
risas sin sol en los labios,
y el corazón jadeante
como un pájaro cansado.*

*Yo me acerqué hasta tu vera
con miedo, ¿por qué negarlo?*

*Te reventaba en la boca
un clavel de veinte años
y en la mejilla un suave
melocotón sonrosado.
Cuando dijiste: «Te quiero»
fue tu voz igual que un caño
de agua fresca en una tarde
calurosa de verano.*

*Se me echó encima el cariño
lo mismo que un toro bravo
y quedé sobre la arena
muerto de amor y sangrando
por cuatro besos lentísimos
que me brindaron tus labios.*

*De la sien a la cintura,
de la garganta al costado.
¡Qué boda sin requilorios
sobre la hierba del campo!
¡Qué marcha nupcial cantaba*

*el viento sobre los álamos!
¡Qué luna grande y redonda
iluminó nuestro abrazo,
y qué olor el de tu cuerpo
a trigo recién cortado!*

*El pueblo, a las dos semanas
hizo lengua en los colmados,
en las barandas del río,
en la azotea, en los patios,
en las mesas del casino
y en los surcos del arado:
«Un hombre que peina canas
y que le dobla los años».*

*Es cierto que peino canas
pero en cambio, cuando abrazo
soy lo mismo que un olivo,
igual que un ciprés sonámbulo,
Cristobalón de aguas puras
que atraviesa el río a nado
si ve en la orilla unos ojos
o una boca hecha de nardos
para cortarle el suspiro
con el calor de mis labios.*

*Que me escupan en la frente,
que me pregonen en bandos,
que vayan diciendo y digan.
Tú conmigo; yo a tu lado
respirando de tu aliento,
yendo al compás de tus pasos,
refrescándome las sienes
en la palma de tu mano.*

*Centinelas de tus sueños,
hombros para tu descanso,
Cirineos de tus penas.
Y San Juan de tu calvario
para quererte y tenerte
en la noche de mis brazos.*

*¿Qué importa que haya cumplido
cincuenta y pico de años?!*

*¿En qué código de amores,
en qué partida de cargos,
hay leyes que determinen
la edad del enamorado?
En cariños no hay fronteras,
ni senderos, ni vallados,
que el cariño es como un monte
con un letrero en lo alto
que dice sólo: «Te quiero»
¿Y colorín colorado!*

A Rafael Duyos, eminente cardiólogo y tardío sacerdote (recibió los hábitos a los 66 años) lo conocemos principalmente como escritor. De su variada y extensa producción, he seleccionado un original poema popular en el que proclama su amor por la mar.

*Yo no sé lo que es 'el mar'...
'La mar' sí que sé lo que es...
No digáis 'el mar', amigos,
porque 'la mar' es mujer...*

*Amante del pescador,
amiga del timonel,
esposa que siempre aguarda,
novia y hermana a la vez...,
hembra de espuma que tienta
con sus olas en vaivén...,
sirena de blanco nácar
-mitad niña, mitad pez-
que a los hombres de la orilla
les tiende su verde red...*

*Quiénes la llaman 'el mar'
de tierra adentro han de ser,
hombres sin brújula, ciegos
de su gracia, que no ven...
Yo, que he nacido a su vera*

*y mil veces la crucé,
niño almirante de sueños
en mi barco de papel
y, hombre ya, sobre los buques
gigantes, de ella a través...
Yo, que respiro su brisa
y esclavo soy de su ley,
y he crecido entre sus velas
y morir quiero a sus pies...
Si voy a bordo del verso,
con mi nombre -Rafael-
en el mascarón de proa
de mi mañana y mi ayer...
Si el coral mediterráneo
de sus labios mío fue
y amo sus besos de brea
en el oro de mi piel...
Si he bebido su salitre bajo el sol de los
Roger
-de Lauria y de Flor, marinos
en la estela de la Fe...*

*Si es castigo a sus espaldas
vivir, para mí, y no ver
los cambiantes con que juega
la esmeralda de su tez.
Si esto que siento por ella
como entraña de mi ser
es amor y yo soy hombre,
¿cómo -¡oh, mar!- la nombraré?*

*Yo no sé lo que es 'el mar'...
'La mar' sí que sé lo que es...
No digáis 'el mar', amigos,
¡porque 'la mar'...es mujer!*

José María Pemán es uno de los autores más polifacéticos que ha tenido la literatura en nuestro país. En su obra encontramos desde la poesía hasta la filosofía, pasando por la novela, el teatro, la traducción de clásicos y artículos de prensa. Sin olvidar su condición de académico.

De pluma fluida e incansable, la mayoría de sus poemas populares, como “Feria de Abril en Jerez”, ocuparían por sí solos todo un recital. Esto me obliga a recurrir en esta ocasión a su texto más breve, aunque igualmente representativo, “Soledad”.

*Soledad sabe una copla
que tiene su mismo nombre:
Soledad.*

*¿Qué ventolera de polvo
se te llevó la veleta,
Soledad?*

*Tres renglones nada más:
tres arroyos de agua amarga,
que van, cantando, a la mar.*

*¿O es que, por llegar más pronto
te viniste sin sombrero,
Soledad?*

*Copla tronchada, tu verso
primero, ¿dónde estará?*

*Y total:
¿qué más da?
Tres versos: ¿para qué más?*

*¿Qué jardinero loco,
con sus tijeras de plata
le cortó al ciprés la punta,
Soledad?*

*Si con tres sílabas basta
para decir el vacío
del alma que está sin alma:
¡Soledad!*

El binomio creativo que formaron Rafael de León y Antonio Quintero, dio como resultado algunos de los títulos más representativos de la poesía popular. ¿Recuerdan “Profecía” o “Trigo limpio”? Pues “¿Me da usted candela?”, poema que recitaré a continuación, no les va a la zaga.

*Perdone usted, caballero.
¿Quiere usted darme candela?
Mil gracias... er farolero
que enciende esta callejuela
parese que s'ha dormío...
no es sitio muy de mi gusto...
tan solo... tan escondío...
como pa llevarse un susto.
Claro que, pa dos valientes
que sargan desafiaos,
éste es un sitio imponente...
y pa los enamoraos,
cuando la luz se retira
y viene ya anocheciendo
y él va disiendo mentiras
y ella se las va creyendo.
¡Qué casualidá, señores!
a usted lo conozco yo.
¿Usted no se llama Flores
y vive en Amor de Dio?
¿Dónde le he visto yo a usted?
Tal vez en la barbería
o en la Puerta de Jeré,
o en una fotografía,
sobre un marco mu bonito
de peluche carmesí...
y escrito: “a mi Rosarito,
de su nene Pedro Lui”.
Es una condisión rara
que tienen los de mi quinta,
que en contemplando una cara
ya nunca se nos despinta.*

*Si Sevilla es un pañuelo...
ya ve usted qué gracia tiene...
Yo, ar pronto, dije —¡un mochuelo!
Y resurta que es... er nene.
Con su buen sigarro puro,
su tirilla armidoná
y metiéndose en lo oscuro
como un hombre de verdá.
Y es que, por esta calleja,
se corta pa Puerta Osario,
pero allí no está la reja
de esa muchacha, Rosario.
Allí hay unos ojos verdes
de bicho de mal agüero,
que el que los mira, se pierde...
¡No vaya usted, compañero!*

*Esa Marijuana Sánchez
que le espera en el zaguán,
tiene ya cuatro reenganches
y sabe más que Briján.
Con esto, yo no le quito
que vaya usted donde quiera...
tó pué sé que... Rosarito,
cuando se entere, se muera.
Pero, claro, usted es un nene
grasioso y enamoraos,
con buen tipo y muchos bienes
y novias por toos los laos.
Rosario... una menudencia;
bonitilla... y sin parné;
pero tiene más desensia
que toa su casta de usted.*

*Y da la casualidá
que, desde que ella ha nasío,
cuando tiene que firmá
firma con mis apellíos.*

*Der coló de la senisa
se le pone a usté er semblante
y es que er corazón le avisa
de lo que tiene delante.
Sí señó... un banderillero
que estaba ayé en Venezuela
y hoy es er duende primero
de esta oscura callejuela.
Y se tropieza a un tal Flores,
tan siego y tan temerario,
que le está mintiendo amores
a esa muchacha... Rosario.*

*Y er duende, con voz muy baja,
se acerca y le dice ar tá:
—“encárgate la mortaja
si vuervo a verla llorá.”*

*¿Por qué te callas? ¿qué piensas?
creí que eras más valiente.
¿O es que ya te da vergüenza
burlarte de una inocente?
A Dios der sielo le pío
que te pongas en rason,
porque tengo desidío
buscarme la perdisión.
Porque ese nardo, ese lirio
que a ti tanto te divierte,
la quiero yo con delirio,
con fatiguitas de muerte.*

*Porque es la viva pintura
de una santa que murió
dejándome esa criatura
pa que la criara yo.
Y he sembrao er mundo entero
de pares de banderillas
para ponerle en enero
los Reyes a mi chiquilla.
¡Pa que ahora venga un tunante,
le jure y ella lo crea!
¡y asín que s'acabe er cante:
“buenas noches y ahí te queas”!
Al que quiera intentar eso
con la fló de mis entrañas,
le pongo er pie en er pescuezo
lo mismo que a una alimaña.*

*Si se casa usté argún día
y er sielo le da un chavá
dirá: “¡qué rason tenía
er que me quiso matá!”
que a eso na más he venío,
¿a qué andarse con pamplinas?
en justicia yo he debío
clavarlo a usté en una esquina.*

*Pero, en fin, de usté depende.
Lo conozco... y usté a mí.
Y aquel que a mi niña ofende
que se ponga a bien mori.
¿Se va usté pa Puerta Osario?
¡No se meta usté en belenes!
¡Yo me voy con mi Rosario!
¡Mi Rosario...! ¡Condiós, nene!*

El alcarreño José Antonio Ochaíta nació para la poesía; para escribirla y para recitarla. Así lo certifican los jurados que le premiaron en los numerosos certámenes poéticos a los que se presentó. Y, paradójicamente, murió sobre un escenario, a los 68 años, recitando sus emotivos versos. Tal vez los de su “Romance del acabose”.

*Aquello puede acabarse
del modo que te convenga.*

*Yo te prometo colgarme
en el pescuezo una piedra
y echarme de noche al río
sin que tú misma lo sepas.*

*Yo estoy dispuesto a cargar
con la pólvora más negra
un cachorrillo de hierro
y que las sienes me muerda.*

*Yo buscaré un escorpión
de uña retorcida y negra
y dejaré que en mi pecho
toda su ponzoña vierta.*

*Esto se puede acabar
del modo que te convenga,
esta tarde o esta noche
o después, cuando amanezca.*

*Sólo con que tú me digas:
“Se acabó la historia aquella.”
Pero lo que no podrás
es que acabemos a medias.*

*Que en amistad trastoquemos
lo que fue pasión deshecha;
que tú vayas por la calle,
y yo por la calle venga,
y nos digamos “¡Adiós!”*

como amigos que se encuentran.

*Que tú digas: “¡Aquel tiempo!”,
que yo diga: “¡Aquella fecha!”,
y que los besos sorbidos
boca a boca, vena a vena,
no se nos pongan de pie
como claras bayonetas
y nos claven por cobardes
sobre la cruz de las piedras.*

*Amantes fuimos los dos,
que amarse no da vergüenza;
comimos el mismo pan,
pisamos la misma hierba,
y las paredes calladas
huelen, al que oler sepa,
a vida que hicimos juntos
llevando la misma senda.*

*Amantes fuimos los dos:
el fuego, tú; yo, la yesca;
tú, la sogá; yo, el caldero;
tú, el aire; yo, la veleta;
Años enteros unidos
en una misma cadena
de sobresaltos y besos,
de conciencia y de inconciencia,
de quietud y de inquietud.
¡Ay, Dios, que si lo barruntan!
¡Ay, Dios, que si lo comentan!
¡Ay, que si me ven contigo!
¡Ay, que contigo me vean!*

Besos entre sobresaltos;
entre amarguras, promesas.
Saber engañar a todos
y tener la verdad nuestra:
de estar por dentro casados
en una alianza secreta.
Casado estuve contigo,
arras fueron las estrellas,
y en el libro de la vida
quedó por siempre una fecha:
que era junio y era un día
que olía a cosas eternas.
Amantes fuimos los dos,
que amantes no da vergüenza.
Amantes fuimos de llanto,
amantes de complacencia,
amantes porque te di
todo lo que tú me dieras.
La vida tuya fue mía;
la mía, tú te la llevas.

Hasta ayer. Ayer me dices
claramente, por las buenas,
que nos conviene acabar
con aquella historia. ¡Aquélla!
Eso no nace de nuevo,
no la improvisas a ciegas,
eso, razón razonada,
“agua que viene de alberca
no se detiene ante nada”.

¿Que vamos a acabar? Bueno;
como mejor te convenga.
Y estoy dispuesto a colgarme
en el pescuezo una piedra
y echarme de noche al río
sin que tú misma lo sepas.

¿Tú qué harás? ¿Entrarte a monja?
¿Beber solimán a ciegas?
¿Ponerte un ascua en las sienes
porque derritan su cera?
Sólo así podrá acabar
pasión que fue tan entera.
¿Pues otra cosa creías?
¿Pues otra cosa alimentas?
¿Qué amor se puede cambiar
en amistad sin ojeras?
¿Qué amantes y amigos son
como dos varas gemelas,
y que se corta la una
cuando la otra se seca?

¿Que quien te tuvo en sus brazos
y saboreó tu lengua,
y hundió contigo la almohada,
junto a tu misma cabeza,
puede ser el amigo ese
que, cuando se le tropieza,
se le dice: “¡Adiós, amigo!”
y se sigue la vereda?

*Pero ¿quién te ha trastornado,
quién te ha dado esa ceguera?
El amor, cuando es amor,
sólo tiene dos certezas:
el odio, verdad de sangre;
la muerte, certeza negra.
¿Que vamos a acabar? Bueno;
como mejor te convenga.
Pero ¿amigos? ¡Nunca! ¡Nunca!
Te estoy deseando muerta,*

*me estoy deseando muerto,
pero sin amor a medias.*

*Si tú quieres, llámame;
yo te llamaré si esperas.
¡Hazme el nudo corredizo;
eche yo el nudo a tu cuerpo,
acabemos esta vida
que por tanto amor te pesa!*

Regresamos a Andalucía, a la Sevilla añorada por Rafael Montesinos. Nos sentamos con él en la escalera de la vida, del porvenir y de los sueños...

*Sentaíto en la escalera,
esperando el porvenir,
pero el porvenir no llega.
Copla popular andaluza*

*Escalera de la copla,
donde soñé cuando niño,
donde esperé el porvenir,
sin pensar que era yo mismo
mi porvenir, mi esperanza,
mi pasado y mi destino.*

*Ahora que me tengo, sé
lo que pude haber perdido
sentado en esa escalera
que sube y baja al olvido.*

*Ya no espero a la esperanza,
aunque esperar es lo mío,
porque la esperanza lleva
mi nombre y dos apellidos.*

*He vivido cuatro días,
tres no fueron sevillanos.
Llevadme a la tierra mía.*

Apenas les voy a hablar del autor que he seleccionado a continuación. Resultaría reiterativo puesto que ya ha sido presentado y comentado varias veces. Sólo añadiré que es, sin duda, el más lorquiano de los poetas populares, y que el siguiente poema nos recuerda, en cada uno de sus versos, al malogrado autor granadino. El “Romance de los ojos verdes”, de Rafael de León.

-¿De dónde vienes tan tarde?

¡Dime, di! ¿De dónde vienes?

*-Vengo de ver unos ojos
verdes como el trigo verde.
El sueño juega y se esconde
en la plaza de mi frente;
cabalga por las ojeras
de unos ojos en relieve.
El cuarto se va llenando
de mar, de barcos y peces,
acuario improvisado
sobre el barniz de los muebles,
mientras que la media luna
de junio roja y solemne
se suicida sobre el filo
de la mañana que viene.*

-¿De dónde vienes cantando?

¡Dime, di! ¿De dónde vienes?

*-Vengo de ver unos ojos
verdes como el limón verde.
Por el río de la siesta
pasa un pregón hecho nieve
persianas atravesando:
Chumbos frescos, ¿quién los quiere?
La sábana de la cama
en silencio se defiende
amortajando suspiros
bajo la cal de sus pliegues
contra dos cuerpos desnudos
que su blancura oscurece;
muslos de trigo en mis muslos*

brazos delgados y ardientes

*que, como ríos morenos
iluminados de fiebre,
se precipitan sin pulso
por la llanura del vientre
en una lucha romana
de mirtos y de laureles.*

-¿Dónde naciste? -En Tarifa,

¿Y tú? -En Sevilla.

*Mis sienes
están preñadas de olivos
como tus ojos de verdes.
El silencio apuñalado
vuelve a sembrar las paredes
y un sueño de torres altas
y de relojes ausentes
sobre la cama cansada
echa su capa de nieve.*

-¿De dónde vienes borracho?

¡Dime, di! ¿De dónde vienes?

*-Vengo... vengo de la viña
y el olivarito verde.*

*-¿Qué mala hierba pisaste,
quién te atravesó las sienes
con ese mal fario...? ¡Dime!*

*-Son las cosas de la suerte,
unos la encuentran de espaldas,
otros la encuentran de frente,
y yo me encontré a sus ojos
verdes como el trigo verde.*

-¿Quieres que te haga una taza
de hierbabuena caliente?

-Quiero su voz, luna y plata
diciéndome que me quiere.

-¿Quieres que te ate un pañuelo
y te lo anude a la frente?

-Quiero sus brazos de trigo
y su cintura de aceite.

-¿Quieres que cante una nana
para ver si así te duermes?

-Quiero sentirme en el cuello
su aliento de flauta breve.

-Entonces... mi corazón,
dime, ¡por Dios! lo que quieres.

-Quiero sus ojos. Sus ojos
verdes como el trigo verde,
como el limón y la albahaca,
como el mar y los cipreses,
como las almendras nuevas,
el romero y los laureles...

Si no me traes sus ojos,
¡dile que venga la muerte!

Uno podría pensar que la poesía popular es privativa de Andalucía, pero no... o casi. Hay excepciones: el valenciano Duyos, el alcarreño Ochaíta o el madrileño Agustín de Foxá. La condición de conde de Foxá y marqués de Armendáriz de este último propicia que en su obra, sobre todo en la novela, aparezcan títulos referidos a la corte y la nobleza en general. Sin embargo, como poeta popular tardío, Foxá nos acerca al paisaje y a las gentes que conoció en su niñez. Por ejemplo, a través del poema sobre el parque del Retiro.

Niñez del Retiro triste,
arena y pilones de agua,
amas gallegas con trenzas
y con monedas de plata.
Geometría del asfalto
y estanque en vaivén de barca,
estudiantes robinsones
con modistillas bogaban.
Los remos de Julio Verne
en rumbo de isla de plata,
los albañiles con yeso
remando en tardes lejanas.
Y peces rojos subían
de un turbio incienso de plantas,
cráteres de gelatina,

los morros fuera del agua
buscando pan desmigado
o cáscaras de naranja.
Y el más tosco jardinero
hacía un iris de nácar
con una manga de riego.
Mi bicicleta mojada
volaba en sendas de pinos,
triángulos y goma hinchada,
freno y bocina en mi mano.
Temblando a heridas vendadas
mis pantorrillas con yodo
al aire de las distancias,
granos de arena en la sangre
pulsaba un pedal de plata.

*Vestido de marinero,
sobre la cinta morada
el nombre de un submarino
escrito en letras doradas,
mis primeras comuniones
por los árboles volaban.
Y la tragedia de un globo
que en una tarde empolvada
se me escapó de las manos
desnudas y abandonadas.
Frente a la Casa de Fieras,
sueño de Historia Sagrada,
el rugido de los tigres
junto al banco de las armas
y mi pelota de goma
entre violetas regadas.
Llenos de ocaso y silencio
ya se marchaban los guardas
con multas de bicicleta
o nombre escrito a navaja.*

*Y en un coche de caballos
trotando, espuma en la lanza,
mi madre, con su sombrilla,
mi padre, con hongo y barba.
Puestos de combas y de aros,
de cacahuetes y naranjas,
con molinillos de viento
y con banderas pintadas.
Yo, entre barquillos y mirlos,
en el pescante, iba a casa
con ilusión de vidrieras,
linterna, colegio y hadas.
Volvían los picadores
con sangre de novilladas,
y se cerraba el Retiro,
triste de cubos y palas.
Por las verjas, los entierros,
cajas con galón de plata,
y, bajo las flores, niños,
niños que ya no jugaban*

A continuación, voy a ofrecerles “Profecía”, el título más difundido y aplaudido de todos cuantos figuran en el extenso y variado catálogo de la poesía popular. Sus autores son, ¡cómo no!, Rafael de León y Antonio Quintero.

Dice una copla:
“No te mando más castigo,
Que estés durmiendo con otro,
Y estés soñando conmigo”.

*¿A dónde vas tan deprisa
sin desirme ni ¡con Dió!?
Me puedes mirá de frente,
que estoy enterao de tó.
Me lo contaron ayer
las lenguas de doble filo,*

*que te casaste hase un mé
y me quedé tan tranquilo.
Otro cualquiera en mi caso,
se hubiera echao a llorá,
yo, crusándome de brazos,
dije que me daba iguá.
Y ná de pegarme un tiro
ni liarme a mardisiones
ni apedrear con suspiros
los vidrios de tus barcones.*

¿Que t'has casao? ¡Buena suerte!
Vive sien años contenta
y a la hora de la muerte
Dió no te lo tenga en cuenta.
Que si ar pie de los artares
mi nombre se te borró,
por la gloria de mi mare
que no te guardo rencor.
Porque sin sé tu marío,
ni tu novio, ni tu amante,
yo fui quien más t'ha querío,
con eso tengo bastante.

—¿Qué tiene er niño, Malena?
Anda como trastornao,
tié la carilla de pena
y el colorsillo quebrao.
Y ya no juega a la tropa,
ni tira piedras al río,
ni se destrosa la ropa
subiéndose a coger níos.
¿No te parese a ti extraño,
no ves una cosa rara
que un chaval de dose años
lleve tan triste la cara?
Mira que soy perro viejo
y estás demasiao tranquila.
¿Quieres que te dé un consejo?
Vigilia, mujé, ¡vigila!

Y fueron dos sentinelas
los ojitos de mi mare.
—Cuando sale de la escuela
se va pa los olivares.
—Y ¿qué busca allí? —Una niña,
tendrá el mismo tiempo que él.

José Migué, no le riñas,
que está empesando a queré.
Mi pare ensendió un pitillo,
se enteró bien de tu nombre,
te regaló unos sarsillos
y a mí un pantalón de hombre.

Yo no te dije «te adoro»
pero amarre en tu barcón
mi laso de seda y oro
de primera comunión.
Y tú, fina y orgullosa,
me ofresiste en recompensa
dos sintas color de rosa
que engalanaban tus trenzas.
—Voy a misa con mis primos.
—Bueno, te veré en la ermita.
Y qué serios nos pusimos
al darte el agua bendita.
Mas luego en el campanario,
cuando rompimos a hablar:
—Dise mi tita Rosario
que la sigüeña es sagrá,
y el colorín, y la fuente,
y las flores, y el rosío,
y aquel torito valiente
que está bebiendo en el río;
y el bronse de esta campana,
y el romero de los montes,
y aquella línea lejana
que la llaman... ¡horisonte!
¡Todo es sagrao: tierra y sielo
porque así lo quiso Dió!
¿Qué te gusta más? —Tu pelo.
¡Qué bonito me salió!
—Pues, ¿y tu boca, y tus brazos,

*y tus manos reonditas,
y tus pies fingiendo el paso
de las palomas suritas?
Con la puresa de un copo
de nieve te comparé;
te revestí de piropos
de la cabeza a los pié.
A la vuerta te hise un ramo
de pitiminí, presioso,
y aluego nos retratamos
en las agüütas de un poso.
Y hablando de estas pamplinas
que inventan las criaturas,
llegamos hasta tu esquina
cogíos por la sintura.
Yo te pregunté: —¿En qué piensas?
Tú dijiste: —En darte un beso.
Y yo sentí una vergüensa
que me caló hasta los huesos.
De noche, muertos de luna,
nos vimos por la ventana.
—¡Chssss! Mi hermaniyo está en la
cuna,
le estoy cantando la nana.*

«Quítate de la esquina,
chiquillo loco,
que mi mare no quiere
ni yo tampoco».

*Y mientras que tú cantabas
yo, inosente me pensé
que nos casaba la luna
como a marío y mujé.*

*¡Pamplinas! ¡Figurasiones
que se inventan los chavales!
Después la vida se impone:
tanto tienes, tanto vales;
por eso, yo al enterarme
que llevas un mes casá,
no dije que iba a matarme,
sino que me daba iguá.
Mas como es rico tu dueño,
te vendo esta profesía:
tú, por la noche, entre sueños
soñarás que me querías,
y recordarás la tarde
que mi boca te besó,
y te llamarás «¡cobarde!»
como te lo llamo yo.
Y verás, sueña que sueña,
que me morí siendo chico
y se llevó la sigüeña
mi corasón en su pico.
Pensarás: «no es sierto ná,
yo sé que lo estoy soñando»;
pero allá en la madrugá
te despertarás llorando,
por el que no es tu marío,
ni tu novio, ni tu amante,
sino el que más t'ha querío.
Con eso tengo bastante.
Por lo demás, tó se orvía.
Verás cómo Dios te manda
un hijo como una estrella;
avísame de seguía,
me servirá de alegría
cantarle la nana aquella:*

«Quítate de la esquina,
chiquillo loco,
que mi mare no quiere
ni yo tampoco».

*Pensarás: «no es sierto ná,
yo sé que lo estoy soñando».
Pero allá en la madrugada
te despertarás llorando.*

*Porque sin sé tu marío,
ni tu novio, ni tu amante,
yo soy... quien más t'ha querío...
¡Con eso tengo bastante!*

Y para poner punto final a este recital he incluido, como ya les anuncié al principio, otro de esos textos que inspiraron, tal vez sin pretenderlo, los versos de los poetas populares que acaban de escuchar. “El romance sonámbulo”, de Federico García Lorca.

*Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.
Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda,
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Verde que te quiero verde.
Bajo la luna gitana,
las cosas la están mirando
y ella no puede mirarlas.*

*Verde que te quiero verde.
Grandes estrellas de escarcha,
vienen con el pez de sombra
que abre el camino del alba.
La higuera frota su viento
con la lija de sus ramas,
y el monte, gato guarduño,
eriza sus pitas agrias.*

*¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde...?
Ella sigue en su baranda,
verde carne, pelo verde,
soñando en la mar amarga.*

*Compadre, quiero cambiar
mi caballo por su casa,
mi montura por su espejo,
mi cuchillo por su manta.
Compadre, vengo sangrando,
desde los puertos de Cabra.
Si yo pudiera, mocito,
ese trato se cerraba.
Pero yo ya no soy yo,
ni mi casa es ya mi casa.
Compadre, quiero morir
decentemente en mi cama.
De acero, si puede ser, con
las sábanas de holanda.
¿No ves la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?*

*Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca.
Tu sangre rezuma y huele
alrededor de tu faja.
Pero yo ya no soy yo,
ni mi casa es ya mi casa.*

*Dejadme subir al menos
hasta las altas barandas,
¡dejadme subir!, dejadme
hasta las verdes barandas.
Barandales de la luna por
donde retumba el agua.*

*Ya suben los dos compadres
hacia las altas barandas.
Dejando un rastro de sangre.
Dejando un rastro de lágrimas.
Temblaban en los tejados
farolillos de hojalata.
Mil panderos de cristal,
herían la madrugada.*

*Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas.
Los dos compadres subieron.*

*El largo viento, dejaba
en la boca un raro gusto
de hiel, de menta y de albahaca.
¡Compadre! ¿Dónde está, dime?
¿Dónde está tu niña amarga?
¡Cuántas veces te esperó!
¡Cuántas veces te esperara
cara fresca, negro pelo,
en esta verde baranda!*

*Sobre el rostro del aljibe
se mecía la gitana.
Verde cama, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Un carámbano de luna
la sostiene sobre el agua.
La noche se puso íntima
como una pequeña plaza.
Guardias civiles borrachos
en la puerta golpeaban.*

*Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar.
Y el caballo en la montaña.*

Y esto ha sido todo. Gracias. Muchas gracias.

Nota biográfica

Víctor Agramunt, uno de los grandes actores de doblaje de nuestro país, ha pulsado –y continúa pulsando– todos los registros de la interpretación: locutor, actor y director de radio; presentador de televisión; actor de teatro en España y en festivales internacionales; profesor de Comunicación radiofónica; adaptador de diálogos, actor y director de doblaje para cine y televisión.

Ha prestado su voz a primeros actores como Henry Fonda, Fred Astaire, Warren Beatty, James Dean, Michael Caine, Robert de Niro, Al Pacino, Dustin Hoffman, Sidney Poitier, Nino Manfredi, Klaus M^a Brandauer, Robert Duvall, Christopher Plumber, Chad Everett, Richard Chamberlain, James Caan, Dick van Dyke y Tyrone Power.

Es conferenciante regular de la UMER y autor del Cuaderno UMER nº 77 “Machado, Lorca y Hernández. Los poetas de la guerra”.

CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 al 60 agotados. Pueden consultarse en la página web www.umer.es

Nº 61: "Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 62: "Breve historia de la Estadística y el Azar". Benita Compostela Muñiz.

Nº 63: "Miguel Hernández (1910-1942), *en el sabor del tiempo*". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 64: "Los retos de la educación para la ciudadanía". Luis María Cifuentes.

Nº 65: "Las mujeres en la Ciencia". Antonio C. Colino.

Nº 66: "Miguel Hernández. Con tres heridas: la de la muerte, la del amor, la de la vida". María Jesús Garrido.

Nº 67: "El Banco de España: funciones e historia". Enrique Ortiz Alvarado.

Nº 68: "Carmen de Burgos: La voz de los sin voz". Carmen Mejías.

Nº 69: "Del *Cantar* del Cid a Cernuda: El destierro en la poesía española". Feliciano Páez-Camino.

Nº 70: "El conflicto árabe-israelita: génesis y nudo". Francisco Acebes del Río.

Nº 71: "Filosofía de la risa". Augusto Klappenbach.

Nº 72: "Hipoteca inversa". Antonio Martínez Maroto.

Nº 73: "Muchachas que trabajan". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 74: "Antonio Machado: Soñando caminos". María Jesús Garrido Calvillo.

Nº 75: "Sobre la historia del teatro musical español: la zarzuela y sus alrededores". Juan Carlos Talavera.

Nº 76: "La historia en la obra de Manuel Azaña". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 77: "Machado, Lorca y Hernández. Los poetas de la guerra". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 78: "Envejecimiento activo y participación". Loles Díaz Aledo.

Nº 79: "La Constante: mina de leyenda en Hiendelaencina". Ana Parra y Gloria Viejo

Nº 80: "Españoles en Argelia: conquistas, migraciones, exilios". Feliciano Páez-Camino

Nº 81: "Vejez y sabiduría". José Segovia Pérez

Nº 82: "Medios de comunicación en España. El reto de contarlos en una hora". Joaquín Sotelo

Nº 83: "1914. Significación Histórica de la Gran Guerra". Feliciano Páez-Camino

Nº 84: "Escritoras pioneras del Siglo XX en España. Cuando la literatura era cosa de hombres". Julián Moreiro

Nº 85: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca (Umer) 2009-2014". Umer

Nº 86: "La ciencia descubre, la industria aplica, el hombre se somete". José Segovia

Nº 87: "España ante la Primera Guerra Mundial". Feliciano Páez-Camino

Nº 88: "Los mayores del siglo XXI: Nuevas imágenes y nuevas perspectivas". Loles Díaz Aledo

Nº 89: "El envejecimiento: alimentación y estilo de vida saludable". Isabel Calvo Viñuela

Nº 90: "La poesía popular". Víctor Agramunt Oliver

